

Lo único del mundo

Ricardo Mariño





www.loqueleo.santillana.com

© Del texto: 1998, RICARDO MARIÑO
© 2011, 2012, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4614-3
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: MARIANO EPELBAUM

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo Jesús

Lo único del mundo / Ricardo Jesús Mariño ; ilustrado por Mariano Epelbaum. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

168 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4614-3

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Epelbaum, Mariano, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Lo único del mundo

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Mariano Epelbaum

loqueleg



1

—**E**mpecemos de nuevo...

—Por décima vez...

—Hasta que quede claro, hijo.

—Demasiado claro lo tengo.

—Bien. Acabo de cumplir treinta y cuatro. Todavía soy joven y...

—“...tengo derecho a una nueva vida”.

—Sí. Solo que esa nueva vida no la quiero vivir ahora, cuando no me quedan fuerzas para hacerlo, sino...

—“...dentro de veinte años, cuando todo sea distinto para mí”.

—Exactamente. Cuando todo sea distinto.

—¿Y dentro de veinte años cómo voy a llamarte? ¿“Hermano”? Porque vamos a tener la misma edad...

—¡Bah! Para entonces va a ser algo de lo más común. Ya hay miles de personas en centros así. En veinte años la mayoría ya habrá despertado. A nadie le va a llamar la atención. Además, la condición de padre y la de hijo no tienen nada que ver con las diferencias de edad. Es... un rol, un papel...

—Como sea, igual me quedo sin padre. Antes me quedé sin madre y ahora sin padre. Al menos hasta que tenga treinta y tres años. Es decir, volveré a tener padre cuando ya no lo necesite. ¿Para qué quiero un padre a esa edad? Además, vamos a ser iguales. Me va a dar vergüenza explicárselo a mis amigos. Me van a preguntar si sos mi hermano mellizo. “Increíble, son como dos gotas de agua. No nos habías dicho que tenías un mellizo”; “No, es mi viejo”: “¿Tu papá? ¡No puede ser! ¿Cuántos años te lleva?”; “Ninguno”.

—Gunta, hijo... si no estuviera así, si no me sintiera tan *out*...

—¡No digas *out*!

—Si no estuviera tan... tirado, de ninguna manera lo haría. ¿Viste la publicidad de Otra Vida?: “¿Su existencia perdió sentido? ¿Pensó en suicidarse? ¡No descarte esa idea! Solo reconsiderala dentro de diez o veinte años, cuando todo haya cambiado y no queden rastros de aquello que lo

abate actualmente. Congélese ahora, dese una nueva oportunidad y pague en la otra vida”.

—Basura publicitaria.

—No seas tan duro.

—Me da asco tanta...

—¿Tanta qué?

—...blandura.

—Hijo, el día que me despierte nos encontraremos y para nosotros será...

—¡Ni lo sueñes! Cuando te despiertes yo me habré cambiado el nombre y estaré viviendo en otro lado. Nunca sabrás nada más de mí.

—Además tendrás tres oportunidades para comunicarnos mientras yo esté congelado. Solo hay que...

—No quiero que me lo expliques. No pienso llamar.

—¿Por qué los jóvenes de ahora son tan intransigentes, tan... conservadores?

—¿Por qué los adultos de ahora son tan estúpidos?

2

El horóscopo del lunes le anunciaba a Buck Ferraguto una pésima jornada, llena de contratiempos y de desgracias. Él no creía en la eficacia del

horóscopo salvo en un caso: cuando indicaba mala suerte para él.

Por un momento pensó en no salir a trabajar, pero luego decidió que, si se quedaba en casa, seguro dejarían de funcionar los reguladores de luz de los vidrios y quedaría a oscuras, o fallaría el sistema de control de la temperatura y se moriría de frío o de calor, o entrarían nubes de insectos mutantes por algún orificio, o lo insultarían y le tirarían frutas podridas las dos viejas psicóticas que tenía por vecinas.

Mientras tomaba un café pidió a su IP (inteligente personal) que reprodujera los mensajes que le habían dejado los de la Agencia de Taxis.

“Mensaje uno: recoger a las 9.35 grupo familiar con destino a la estación espacial P-17. Parten de nuestra plataforma central”.

—Siguiente —dijo Buck, mientras pensaba: “Si voy a trabajar como de costumbre, al menos llevaré lejos de mi casa la ola de desgracias que me anuncia el horóscopo”.

“Mensaje dos: recoger a las 14.45 a dos personas en el Instituto de Lenguas Cósmicas. Destino: Centro de Congelamiento. Uno de ellos, el joven, regresa al Instituto”.

—Siguiente...

“Mensaje tres (algo como un suspiro y después se escuchó una voz de chica): Eres torpe, feo y mal vestido y es evidente que por tu cerebro andan las ideas más raras. Ni siquiera me queda claro qué edad tienes, pero me caes increíblemente bien, Buck. Llévame a pasear a alguna parte, no seas tan tímido. No lo soporto. Detesto a los tímidos. No sé qué pasa, debo de tener imán para atraer gente rara y estrafalaria, pero los normales no me gustan. ¡Pero llámame igual, Buck! Psíquica”.

Buck gustaba de la chica que coordinaba las salidas de taxis en la agencia, una joven de diecisiete años de piel cobriza y ojos profundos, pero no se animaba a acercarse a ella para invitarla a salir, en parte, sí, por su timidez, pero también porque la chica era oscura, acaso descendiente de indígenas, bolivianos, africanos o cualquier raza no corregida genéticamente, sin contar con que en la agencia se rumoreaba que era medio bruja. A él no le preocupaba el color de la piel, de hecho le gustaba la piel de Psíquica, pero no podía no tener en cuenta que, si algún día quería pasar a una ciudad de mayor nivel, una pareja oscura podría dificultarle los trámites, aunque contara con el dinero para hacerlo.

Buck terminó el café y se dirigió a la terraza de su edificio, donde tenía estacionado el vehículo. Un minuto después recogió al grupo familiar (un

matrimonio con dos de esos chicos mal corregidos genéticamente) y poco después atravesó la atmósfera terrestre.

El viaje resultó un suplicio. Hasta donde había entendido Buck, el error cometido con esa clase de chicos (unos doscientos y todos en el mismo sanatorio) había consistido en incorporar multiplicadores eléctricos a las células de los músculos de los brazos, así que en el tiempo en que una persona normal efectuaba un movimiento, ellos hacían treinta. Para disgusto de Buck, los chicos hicieron el viaje agarrándose a puñetazos, pegando mocos en el tapizado, perforando el techo con sus espadas de juguete, aplaudiendo y haciendo muchas más cosas que, por la velocidad de los gestos, Buck ni siquiera llegó a desentrañar. Los padres, como si nada. Buck parecía a punto de estallar, pero supo contenerse: como venía el día, pensó, si él protestaba, ellos lo denunciarían a la vigilancia cósmica y terminaría demorado en un destacamento de control por lo menos diez horas.

Recién cuando dejó a esa familia en la estación espacial pudo respirar aliviado, aunque debió gastar una buena suma en un lavadero de taxis.

Al mediodía se detuvo a almorzar en El Caimán Azul, en una miniplataforma cósmica.

Comió parado en la barra, al lado de un predicador que anunciaba “el gran estornudo cósmico que barrerá con todo”.

Mientras comía y trataba de no escuchar al chiflado, Buck dio orden a su IP para arreglar una cita con Psíquica López Cornejo. Después de todo, no perdía nada con conocerla un poco más. Seguidamente subió a la terraza de la plataforma, entró a su nave y condujo hasta el Instituto de Lenguas Cósmicas.

3

El Instituto de Lenguas Cósmicas (“cómic-as”, decían los alumnos) funcionaba en un edificio antiguo concebido originariamente para una secta religiosa inventada por una agencia publicitaria. Los guionistas del proyecto desaprobaron la construcción apenas la vieron, así que el edificio fue destinado a otro negocio y, sin que las reformas lograran disimular sus fantasmales torres con forma de cucuruchos góticos invertidos, se convirtió en el Instituto de Lenguas, cuya característica más sobresaliente era un rasgo también medieval: los alumnos eran pupilos. Hacía siglos que esa forma de prisión consentida por los padres no se usaba y por esa razón ninguna ley lo prohibía.

A poco de entrar, Gunta supo que ya estaban concluidos los trámites de su incorporación—su padre los había hecho una semana antes—, por lo cual se le hacía más evidente aún la inutilidad de la larga y lastimosa discusión repetida con escasas variaciones en los últimos días, y concluida con gritos y llantos aquella misma mañana.

El joven quedó inscripto para cursar y vivir en el Instituto por dos años, hasta el momento en que, cumplidos los quince, alcanzara la mayoría de edad y la posibilidad de gobernarse por sí mismo. El señor Bilimbaum, su padre, dejaba una suma de dinero depositada para ese momento, por si Gunta decidía salir del Instituto y continuar viviendo en esa ciudad privada. Claro que la posibilidad de esa decisión era relativa, porque de hecho debía ser aprobada por las autoridades del Instituto.

En el Instituto fueron recibidos por un tipo gordo, al que después Gunta supo que llamaban “Invertebrado”, quien les mostró las instalaciones mientras abundaba en elogios para la clase de educación ofrecida a los internos. Después les mostró el cuarto destinado al joven y a las dos de la tarde almorzaron los tres juntos: tal era la costumbre con los novatos.

A la tarde Invertebrado llamó a un taxista para que llevara al joven y a su padre al Centro de

Congelamiento Otra Vida. Llovía a mares, y el viaje no duró más que segundos. En la terraza del centro, con el taxi flotando a un metro de la terraza, padre e hijo se despidieron ante la mirada perpleja del taxista, que seguía la escena desde la pantallita retrovisora del vehículo.

El padre no dejaba de hacerle recomendaciones al joven y de recordarle que en caso de necesidad podía hacer uso de los tres descongelamientos parciales a los que tenía opción según el contrato firmado. El descongelamiento definitivo se haría veinte años más tarde, pero por expreso pedido del hijo podían revivirle durante un minuto algunas zonas del cerebro como para que pudieran mantener un breve diálogo por medio de un dispositivo especial que convertía en sonidos los impulsos eléctricos del pensamiento.

Finalmente el padre salió de la nave cubriéndose la cabeza con ambas manos, entró al elevador y bajó a las oficinas del Centro de Congelamiento. El joven se quedó con la vista clavada en el hueco dejado ahora por el elevador, luego cerró los ojos y se recostó en el asiento. Después, dijo con tono seguro:

—Lléveme hasta la estación Retiro, al piso...

—Tengo órdenes de regresarte al Instituto...
—lo interrumpió con cierto agobio el taxista.

—¿Está loco? Le estoy diciendo que...

—Te entiendo, hijo. Pero ya he pasado varias veces por esta misma situación. Un padre, una madre o los dos deciden congelarse y dejan a su hijo como pupilo hasta la mayoría de edad. Lo primero que intenta hacer el hijo es escapar y vivir libre... seguramente yo haría lo mismo.

—Entonces, ¡déjeme escapar!

—No puedo. Me hicieron firmar un compromiso para regresarte, me pagan bien por eso, y por sobre todas las cosas sé que si te escaparas no demorarían más de media hora en encontrarte. No habría un lugar donde los censores no detectarían tus huellas digitales. Tendrías que cortarte los dedos para tener una entera de libertad.

—¡Maldito alcahute! ¿Cómo es que este trasto no está manejado por un robot? ¿De qué año es? ¿Quién es usted? ¿Un empleado del Instituto, disfrazado de taxista?

—Me llamo Buck Ferraguto y no soy empleado de la basura esa donde te pusieron como pupilo. Jamás trabajaría para ese Instituto que de Instituto no tiene nada. Es un hogar para jóvenes a quienes los padres no pueden o no desean tener con ellos, ¿está claro? Y ya hay decenas de lugares